

La construcción de la memoria del golpe del 23-F y las preguntas pendientes — 8 y 9

Libre, sensual y vibrante: la pintura ignorada de Huguet Caland llega al Reina Sofía — 12

Babelia

Leer
España
a través
de Julio
Iglesias



El nuevo libro de Ignacio Peyró, *El español que enamoró al mundo*, se acerca a la figura del cantante que ha gozado de un éxito planetario, un fenómeno que para muchos es un placer culpable

Julio Iglesias, en su concierto de 1983 en el estadio Santiago Bernabéu de Madrid, ante 100.000 personas. MARISA FLÓREZ

EN PORTADA

Julio Iglesias como tema literario

En su nuevo libro, Ignacio Peyró se detiene en el mundo del franquismo sociológico y la derecha posterior, del que el *crooner* patrio quizá sea el producto más exitoso y sofisticado: un Forrest Gump machirulo y espabilado

Por **Íñigo Domínguez**

Siendo una persona seria, Ignacio Peyró (Madrid, 1980) ha escrito un libro que uno no se espera de ese tipo de persona. Pero precisamente por ser suyo, y aunque uno se pueda sentir a años luz de tales inquietudes, esto intriga y anima a acercarse al libro: Ignacio Peyró sería capaz de reescribir el listín telefónico y convertirlo en una lectura amena. *El español que enamoró al mundo. Una vida de Julio Iglesias* (Libros del Asteroide) es un libro de disfrute inesperado. Porque, obviamente, va de algo más que de la vida de Julio Iglesias, va de todo lo que significa este español que tanto nos ha representado, sin que muchos pensemos que nos represente. Hay algo ahí que no nos hemos mirado bien. En fin, una cosa sería. Cualidad, en todo caso, que debe tomarse como lo hacía Chesterton, que recordaba que divertido no es lo contrario de serio, sino de aburrido. Peyró, columnista de EL PAÍS, tiene un toque británico muy de agradecer, por la ligereza, el humor y la indulgencia. Poco español, pese al tema que es.

“Creí que daba para un buen libro, porque si la vida de Julio Iglesias no es divertida y entretenida, dígame usted entonces qué lo es”, explica Peyró conversando en Roma, donde vive y es director del Instituto Cervantes, al que llegó desde la sede de Londres. Es significativo el título del prólogo del libro, lo que cualquiera se puede preguntar: “¿Por qué?”. Eso, por qué. Por qué Julio Iglesias, si hasta al propio autor le cuesta pronunciar la palabra pop. Veamos.

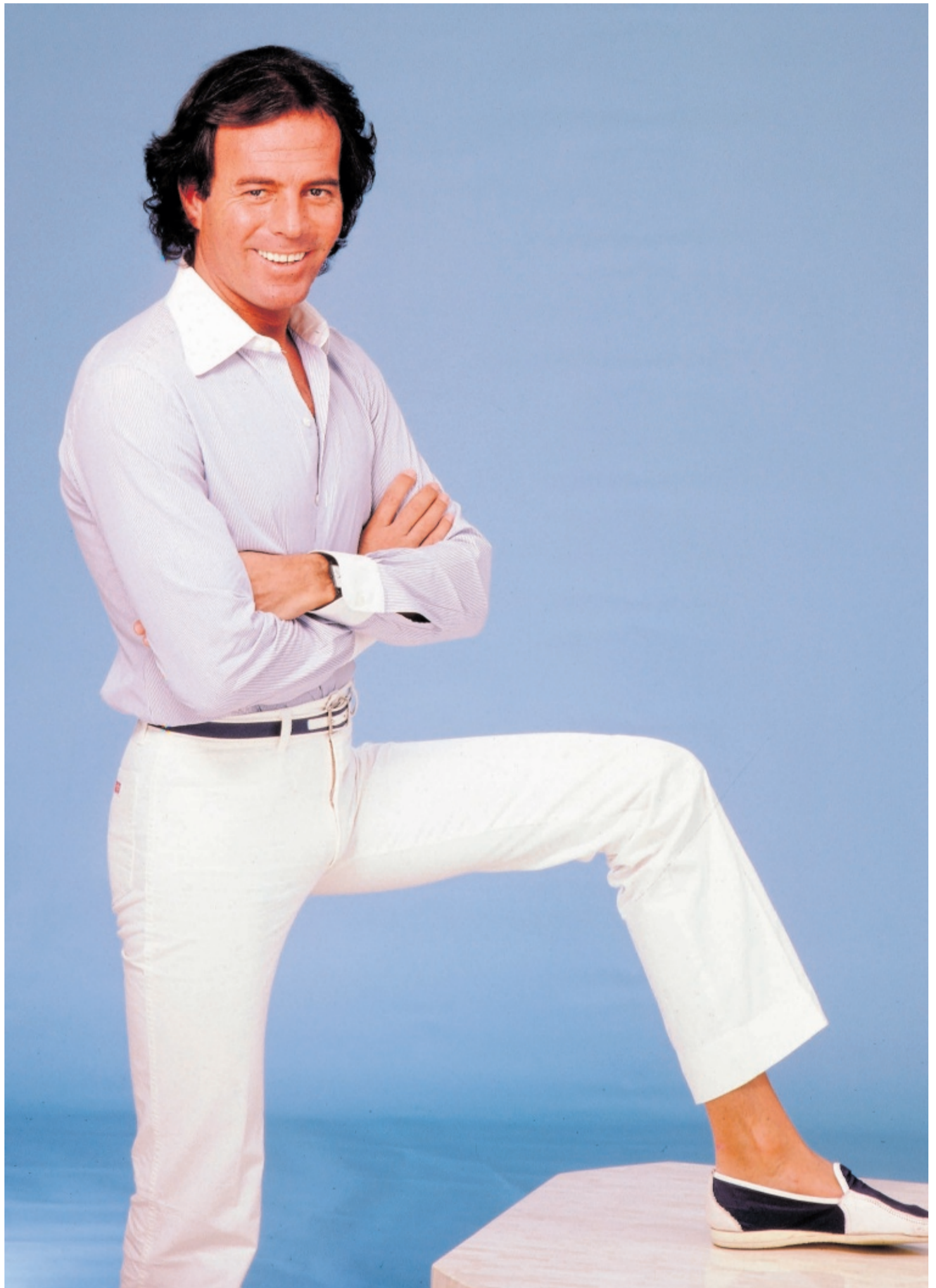
Explica en el prólogo que Julio Iglesias “pertenece al género de los placeres culpables”, y es verdad que hay mucha gente que solo reconoce que le gusta cuando una amistad ya está muy avanzada. También aventura que “quizá haya que volver a mirarlo para purgar algún complejo de culpa cultural”, y que “para explicarlo la suficiencia no es

la aproximación más justa”. “Ha sido, sin embargo, una y otra vez, lo que hemos tenido con él”, diagnostica. Esto es cierto, cuando sin duda es el cantante español con un éxito más descomunal y planetario, y en tiempos en que ni

siquiera lo latino estaba de moda.

Es más, él lo puso de moda. Y es precisamente en el misterioso mundo de las tendencias donde el triunfo de Iglesias, bien mirado, tiene algo de sobrenatural, porque surfeaba sobre los gustos de cada momento: “Es un ser sin tiempo, nunca ha tenido entre sus prioridades parecer contemporáneo”.

Cuando querer ser clásico es la pretensión más suicida que puede haber, solo se alcanza sin querer. Es verdad



El cantante Julio Iglesias posa para un retrato en Los Ángeles en 1983. HARRY LANGDON (GETTY IMAGES)



que va a Londres a finales de los sesenta y todo el *swinging* London le pasa por encima sin despeñarle, y allí resultaría más marciano que David Bowie. Por último, y entramos en el tema de fondo, “hay una España que se deja leer a través de él”, opina el autor. Aunque solo sea porque en casi todos los coches había una cinta suya. Lo tarareas hasta si no te gusta: “Y es que yo... (na-na-ra na)”.

Es aquí donde quizá se anida el móvil profundo del libro: una nostalgia. Que la vida no siga igual, se podría decir. Peyró confirma que tiene una debilidad por el mundo de ayer, el de sus padres y su infancia. “Cuando mejor me lo he pasado es imaginando aquel Benidorm del festival de 1968. Las cosas esas que ahora miramos con suficiencia, esa mezcla de inocencia y pretensiones del desarrollismo, que a mí es una época que me obsesiona. Es la época justo anterior a mí. Soy como muchos historiadores, que están obsesionados por el mundo al que llegaron cuando nacieron. Me podría morir y que mis últimas palabras fuesen Mateta o Platajunta”, confiesa. Peyró es de esa generación de la Transición que vive una ruptura con el pasado —pero no el histórico, sino el personal—, porque el mundo de la infancia luego cambió mucho más rápido de lo que solía, se borró, y casi se siente más cerca de sus mayores que de los más jóvenes.

Se podría añadir que también ese es el mundo del franquismo sociológico y la derecha posterior, del que Iglesias quizá sea el producto más exitoso y sofisticado. Peyró se demostró un sagaz observador de ese mundo desde dentro en *Ya sentarás cabeza* (2020), y aquí sondea una idea española de lo que es triunfar en la vida y las vacaciones permanentes: “Llega a Estados Unidos y dice: ‘aquí, el Rolls, de color madreperla. En el Caribe no tengo una casa, tengo tres o cuatro’. Más que nadie, y más mujeres que nadie también, cuando la liberalización del sexo no era lo que fue luego. Y eso es otro tema, esa cosa machirula. Encarna una especie de sueño de felicidad de clase media”.

Todo ello ha llevado a Peyró a elegir a Julio Iglesias como tema literario. Ya hay buenas biografías y ensayos sobre el artista, y él destaca los de Óscar García Blesa, Andrés López Martínez y Hans Laguna, pero pretende hacer algo distinto, contar “una vida”, la de un ser humano muy particular en la que relucen más cosas que la caspa del tiempo, de ese tiempo. Julio Iglesias acaba siendo una nave espacial que lleva a todos los sitios, con ella el autor viaja en el tiempo y ha ido desenterrando recuerdos. “Creo que, en efecto, contar esto es también algo, y esto yo no lo sabía al principio, desde lo que puedes contar una cierta sentimentalidad española”, razona. Julio Iglesias como un Forrest Gump, pero en versión espabilada, símbolo inesperado de la historia reciente. “Nace en la posguerra, años de hambre dura. Con un padre camisa vieja, bigotito, en una familia que luego va subiendo con los años, encarna la prosperidad aquella de las clases medias del franquismo. Y luego van haciéndose demócratas. Y luego van a terminar haciéndose corruptos. Años de oro de, digamos, de esa estética más levantina. Y además ves que Julio Iglesias está en la primera noche electoral, en el primer divorcio. Y resulta que siempre ha estado ahí”.



El periodista y escritor Ignacio Peyró. DANIEL IBÁÑEZ (LIBROS DEL ASTEROIDE)

El libro tendrá, es de suponer, un mayor efecto en quienes tuvieron una infancia o juventud en la que Julio Iglesias andaba por ahí, en las portadas de las revistas, en los escaparates de las tiendas de discos, aunque se sintiera siempre como ajeno. Siendo cada vez más de todo el mundo, apoteósico e inalcanzable, en los setenta, los ochenta, incluso en los noventa. Ya nos hemos olvidado de lo que fue, y los que no lo vivieron, no lo creerán.

La arqueología conceptual saca tesoros que ya son de difícil catalogación, como la idea de *latin lover*. Declaraciones de intenciones casi obvias, de frase de calendario, que hoy podrían ser un programa político (“Me gustan las mujeres, me gusta el vino”). Un mensaje sutil que desliza la lectura es cuánto de lo que hoy es *cool* nos dará vergüenza ajena en unos años. Todo eso que rodea el éxito: pintas, poses, lenguaje, valores, pretensiones. Y la música, claro, que en opinión de Peyró resiste bastante bien. Se trata del único *crooner* español, al final es una rareza.

“Además de contar España desde Julio, lo otro que me interesaba es qué es el carisma, qué es el éxito, por qué nosotros no somos Julio Iglesias. Y además tampoco Julio Iglesias es un tipo obvio, ¿no? Mi teoría es que él tiene unos 40 años radiantes, estalla. Antes no, era un chaval lampiño, con cara de travieso, es guapo, pero empieza a serlo de verdad a los 40”.

El libro lleva a ver vídeos en YouTube y uno alucina. Hay que verlo cantando *Begin the Beguine* delante del mismísimo Sinatra, que al terminar se levanta y le da un beso. Ese nivel. Es el cantante vivo que más discos ha vendido en la historia junto a Madonna y Elton John. Es famoso desde Japón al último rincón del altiplano andino. Llenos sin billetes en el Royal Albert Hall, el Madison Square Garden o el Olympia. El relato de su conquista de Estados Unidos revela una empresa formidable. Fue al programa de David Letterman, que para comprobar si era tan famoso como decían llamó a voleo a gente de otros países para preguntar si sabían quién era, y todos respondieron que sí. “Ahora lo vemos normal, pero es que él llega a Miami en 1979 y en España, una década antes, se había estrenado *La ciudad no es para mí*, de Martínez Soria. Era un país muy poco oreado”. Peyró subraya que siendo Iglesias muy conservador en sus planteamientos musicales, arriesga mucho

en su carrera. Saliendo fuera, cantando en idiomas insospechados (villancicos en alemán o canciones de amor en tagalo). Todo con mucho trabajo y una ambición sin límites. Entre los datos que revelan su llegada a los lugares más recónditos, hay uno inquietante: su música se llegó a usar para torturar a presos políticos en Chile.

La fórmula del libro es parte del éxito, capítulos cortos y mucho detalle, tiene algo de degustación. Son estampas que van recorriendo momentos donde Peyró se mueve con maestría en la síntesis irónica, la frase que se paladea y el trazo donde está todo. Como cuando habla de unas fotos de “Julio siendo Julio con sus trajes blancos y esa cara de estar ligeramente descojonado de todo”. El modelo, quizá, sea algo que dice al principio: “Hace mucho que lamento que en nuestra prensa no haya perfiles —un género de calidad—, sino solo entrevistas”. La prospección meditada y documentada en el personaje.



“Ves que está en la primera noche electoral, en el primer divorcio. Resulta que Julio Iglesias siempre ha estado”

“Hay dos caminos en la vida, o tú te haces con tu padre o te haces contra él. Julio es un caso clarísimo: son los mejores amigos”

Julio Iglesias e Isabel Preysler, con sus hijos Chábeli y Julio José, en Madrid en 1976. Abajo, en Radio Madrid en 1968. GIANNI FERRARI (COVER / GETTY IMAGES) / EFE

Porque el personaje Julio Iglesias acaba teniendo más ángulos de los que parece, porque se ha pasado la vida hablando de él en las canciones, pero oculto. “Sigue siendo un personaje enigmático. A veces piensas que tiene un dedo de profundidad y otras veces ves un tipo que tiene una visión de las cosas de una oblicuidad muy llamativa. Habla a veces en aforismos y tiene frases muy buenas. Y no es que digas que es el destilado de toda una vida leyendo a Samuel Johnson”. Es cierto que en sus canciones siempre anda filosofando a su manera, como si tuviera el secreto de la existencia, entre el hedonismo y lo insustancial, y el cinismo simpático. También parecía vivir en una especie de permanente melancolía *post coitum*, con una imagen solitaria, aunque uno tuviera la certeza de que la última noche que pasó solo seguramente fue en casa de sus padres.

Hay otros grandes personajes secundarios, claro. Empezando por Isabel Preysler y el padre de Julio Iglesias, protagonista de un episodio también ya diluido en el tiempo, su surrealista secuestro por un grupo de ETA, cuya intrahistoria es apasionante. “Tenía un problema escribiendo, que casi me interesaba más el padre que el hijo. Porque además no puedes explicar el hijo sin el padre. Julio es el caso de éxito de una buena relación paternofamiliar. De hasta dónde puede llegar eso. Hay dos caminos en la vida, o tú te haces con tu padre o te haces contra él. Julio es un caso clarísimo, son colegas. Es tremendo realmente lo que hay ahí”.

La familia es un gran tema de fondo, aunque solo sea en forma de vacío en la vida del cantante durante décadas, una inmadurez dorada que le hiciera saltar la etapa de padre para pasar a la de abuelo. El libro tiene una exclusiva, confiesa Peyró: Iglesias se casó en 2010 con su pareja, Miranda Rijnsburger, y bautizó a los cinco hijos que tiene con ella porque se lo pidió en su lecho de muerte el presidente de *Hola*, Eduardo Sánchez Junco, fallecido en julio de ese año. Y en agosto se casaron en su casa de la Costa del Sol: “Ellos con los guardeses, nadie más, cumplió su promesa”.

Peyró cree que Julio “aletea por encima del bien y del mal” y le parece muy inteligente que a un cierto punto “se haya retirado de un modo tan drástico, el decir: a mí no me vais a recordar patético”. Su último objetivo quizá sea permanecer en nuestra memoria como era en su mejor momento, que quién sabe si al final fueron los mejores años de nuestra vida, y nosotros sin saberlo. La pregunta es qué quedará de ese mundo, si será un clásico popular, si un día hablaremos de Julio como de Imperio Argentina o Concha Piquer, un objeto arqueológico que representa una época, difícil de hacer comprender en unos años y ya mismo. ¿Conclusión? “Yo creo que el tiempo ha hecho que sea muy difícil odiar a Julio Iglesias. Hay gente a la que no le interesa nada, te puede resultar indiferente, pero nadie detesta a Julio Iglesias”. Que tratándose de España es un logro admirable en una sola vida (y me apuesto que uno de los primeros comentarios a este artículo será de alguien diciendo que sí le odia).

El español que enamoró al mundo.
Ignacio Peyró. Libros del Asteroide, 2025.
336 páginas. 20,95 euros.